

TEORIAS ARQUITECTONICAS Y DISCURSO URBANISTICO

De las operaciones de «embellecimiento» a la reforma global de la ciudad en el s. XVIII

Francisco Javier Monclús Fraga

En los últimos años se está volviendo a debatir la cuestión de los inicios y la naturaleza del Urbanismo moderno. Este debate no es independiente del que se produce en la reflexión urbanística actual en torno a las relaciones entre proyectos urbanos puntuales y planes globalizadores. En el pensamiento arquitectónico francés de la segunda mitad del siglo XVIII la idea del «embellissement» (embellecimiento u ornato) iba estrechamente vinculada a objetivos funcionalistas y a la reforma de la ciudad real. Una relectura del famoso «Essai» de Laugier en el que la ciudad era entendida como «bois» (como bosque y parque a un tiempo) muestra que esa concepción aparentemente formalista es, en realidad, eminentemente funcionalista.

El artículo analiza el desarrollo y el significado de esas ideas y trata de evidenciar sus relaciones con los cambios sustanciales que a partir de entonces se producen en tradiciones disciplinares tan diferentes como la geografía y la medicina o con la renovación de prácticas vinculadas a la «policía urbana». En ese contexto, podemos entender el *Plan de los Artistas* para París (1793-97) como algo más complejo que una composición formalista a la que es reducido en ciertas interpretaciones. No se trata de una cuestión de originalidad histórica sino de destacar la relevancia que éste y otros «planos geométricos» que entonces proliferan tienen como síntoma del nuevo discurso urbanístico.

EN el debate que desde hace algún tiempo opone a partidarios del «proyecto» y defensores del «plan» como formas efectivas de intervención en la ciudad es frecuente el recurso al examen de ciertos episodios de nuestro pasado urbanístico como soporte de las argumentaciones correspondientes. Sin embargo, esa historiografía operativa tiene características bastante diversas e incluso contradictorias. Mientras para algunos se trata de efectuar una lectura instrumental y estrictamente arquitectónica de determinados espacios urbanos singulares, otros se orientan hacia un análisis más sistemático de las formas de

Francisco Javier Monclús Fraga es Arquitecto y profesor de Urbanismo e Historia Urbana en la Universidad Politécnica de Cataluña.

Tema expuesto en el Concurso de Titularidad universitaria (1986/1987), en la Universidad Politécnica de Cataluña. Posteriormente se han añadido las referencias bibliográficas, manteniéndose, en esencia, el texto original.

(1) Una reflexión metodológica nuestra sobre este tipo de

Architectural theory and urbanistic discourse: Of «beautification» through to overall reform in the XVIII C. City.

Recent years have seen a renewed interest in the beginnings of urbanism and its original nature. This examination has much to do with that other as to the relation between discreet urban projects and overall planning in the present day. In the second half of the XVIII Century, the notion of «Embellissement» (ornamentation or beautifying) went hand in hand with functional objectives and a reform of the city at large. A re-reading of Laugier's famous «Essai» in which the city is held to be like a copse (a wood and yet a park) shows that this idea in point, thought it might appear to be formalist, has within it a hard centre of functionalism.

The paper goes into the development and importance of such ideas and attempts to trace a relation between them and contemporary changes in thought in established disciplines from Geography and Medicine right on through to changes in thought as to the best «policing» of cities.

In the light of the foregoing, we can now—or so the paper holds—understand the Plan of the Artists for Paris (1793-97) as something more than a mere formal exercise. The paper does not set out to be historiologically original but rather to exalt the importance that this plan in question and many others such had in their «geometricality» as signs of an altering urbanistic universe of discourse.

intervención urbanística en el marco más amplio de los estudios de historia urbana (1).

Es desde estas últimas aproximaciones donde se ha venido desarrollando un debate paralelo al anterior sobre los inicios y la naturaleza del Urbanismo moderno (o del planeamiento urbano) entendido como actividad específica de reflexión y de intervención sobre la ciudad y sobre el territorio. Durante años, en la historiografía arquitectónico-urbanística, se había ido repitiendo con algunas variantes una misma interpretación sobre los orígenes de la disciplina urbanística. La idea que se había impuesto en las visiones tradicionales era la de un proceso gradual de toma de conciencia

estudios se encuentra en F. J. MONCLUS, J. L. OYON, «Espacio urbano y sociedad: algunas cuestiones de método en la actual historia urbana», en BONET CORREA, A. (ed.), *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Univ. Complutense, Madrid, 1985; v. tb. «La aproximación espacial en la historia urbana». *II Congrès d'histoire urbana del Pla de Barcelona*, 1985, (en prensa).

de los problemas que en la ciudad aparecieron como consecuencia de los procesos de industrialización, seguidos de una serie de iniciativas protagonizadas por el Estado o por diversos reformadores sociales en el campo de la vivienda o de la legislación sanitaria. Frente a esas interpretaciones se fueron proponiendo otras en las que el Urbanismo era visto como un proceso mucho más relacionado con determinadas circunstancias históricas y políticas. La atención a las instituciones urbanísticas estuvo presente en otros estudios dedicados a describir el desarrollo del movimiento que culminó, a principios del siglo actual, con la constitución de una disciplina y un grupo profesional específico. La reconstrucción de los mecanismos de formación disciplinar y de sistematización de conocimientos, o la exploración de la naturaleza de los propios instrumentos y técnicas urbanísticas relacionándolos con los procesos efectivos de transformación de la ciudad, han sido el objeto de numerosos trabajos que, desafortunadamente, son todavía poco conocidos en nuestro país (2).

La mayor parte de los trabajos que tratan de esclarecer los procesos «iniciales» del Urbanismo se ocupaban del período en el que esa actividad se constituye como disciplina específica e institucionalizada, es decir, de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. En los últimos años, sin embargo, y siguiendo un camino análogo al emprendido por otras disciplinas, cada vez se tiene más a distinguir el momento en el que aparecen un discurso y unas prácticas «modernas» dotadas de cierta coherencia, del posterior proceso de institucionalización y del establecimiento del aparato corporativo correspondiente. De este modo, en determinada historiografía se ha ido imponiendo la hipótesis que sitúa los «verdaderos» inicios del Urbanismo moderno ya a finales del siglo XVIII. Momento en el que se observa la aparición de un nuevo saber urbano y de una voluntad de reforma global de la ciudad existente, que rompe con las ideas y procedimientos tradicionales de intervención urbanística.

En las líneas que siguen me propongo exponer una serie de argumentos que se corresponden con las hipótesis referidas. Se trata con ello de reinterpretar los inicios y la naturaleza de ese nuevo saber urbano, focalizando el análisis en sus relaciones con la renovación de las teorías arquitectónicas sobre la ciudad, y considerando el caso francés por razones obvias. Procederemos para ello a examinar las características de un proceso por el que se pasa de la remodelación de las partes urbanas mediante operaciones aisladas, a la reflexión globalizadora y a las propuestas de reforma general de la ciudad existente.

1. LAS TEORIAS ARQUITECTONICAS SOBRE LA CIUDAD EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII. LAUGIER Y PATTE

En el pensamiento arquitectónico de la segunda mitad del siglo XVIII, la idea de que el «embellecimiento» de la ciudad debe concebirse como una intervención global que va estrechamente ligada a la consecución de objetivos funcionales (higiénicos y de circulación fundamentalmente) se va imponiendo de forma rápida y progresiva. Pierre Lavedan resume así este proceso:

«En el siglo XVI sólo algunos especialistas —fundamentalmente ingenieros militares— habían estudiado el problema de la ciudad y de su plano. Fuera de ellos, no se aprecian —en los escritos— preocupaciones que puedan llamarse urbanísticas (...). A partir del siglo XVIII tiene lugar un verdadero descubrimiento de los problemas urbanos» (3).

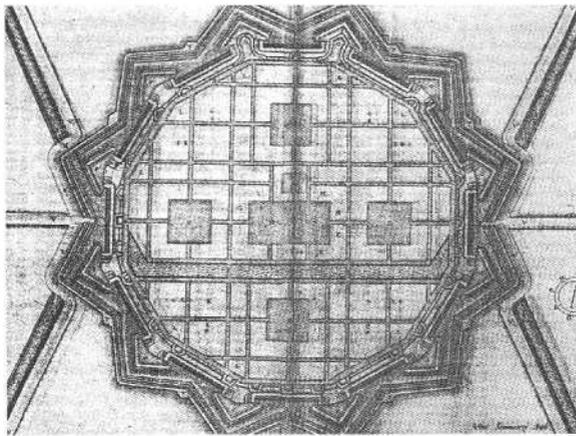
Efectivamente, la reflexión que se produce en la cultura arquitectónica sobre la ciudad sufre un cambio cualitativo sustancial en ese período histórico. Casi toda la literatura urbanística que aparece desde el Renacimiento se caracteriza por su autonomía respecto a los problemas de la ciudad existente. Las ciudades ideales propuestas por los teóricos en sus tratados no podían resultar de la remodelación de las ciudades «reales» sino que debían implantarse «ex-novo». Es cierto que algunos de ellos incluyen partes relativas a la ciudad. El mismo Alberti efectúa diversas consideraciones urbanísticas en correspondencia con su concepción de la ciudad como gran casa y de la casa como pequeña ciudad en su obra más conocida. Pero sus indicaciones no van dirigidas tanto a la ciudad existente como a la definición de un modelo de ciudad ideal (4). Todavía durante el siglo XVII, a pesar del desarrollo de la ingeniería militar, el predominio de ese urbanismo abstracto es casi absoluto. En el tratado de Scamozzi, por ejemplo, existe una concepción más «avanzada» de la ciudad al tener en cuenta las instancias de funcionamiento y ya no las estrictamente estéticas (introduciendo metáforas orgánicas y atendiendo a la circulación urbana). Sin embargo, la suya no deja de ser una reflexión indirecta sobre los problemas urbanos. No se plantea la reforma de la ciudad existente sino la creación de otras nuevas. Sus recomendaciones sobre la «forma universal» de la ciudad, sobre la disposición de sus calles y sus plazas, etc., no dejan lugar a dudas sobre ello (5). Hasta bien entrado el siglo XVIII no se supera totalmente esa forma de pensar la ciudad en los tra-

(2) Por referirnos a tres diferentes áreas culturales podemos mencionar los trabajos del *Istituto Universitario di Architettura di Venezia* (en particular los de CALABI, D.; MORACHIello, P.; PICCINATO, G.; TEYSSOT, G.; MANCUSO, F.), los más multidisciplinarios franceses agrupados en la revista *Urbi* (o los que colaboran en ella de modo ocasional, PERRÓT, J. C.; LEPETIT, B.; FORTIER, B.; RONCAYOLO, M.; etc.), o los anglosajones reunidos en torno al *Planning History Group* (SUTCLIFFE, A.; CHERRY, G. y muchos otros).

(3) LAVEDAN, P.: *L'urbanisme à l'époque moderne*, Ginebra, 1982, p. 73.

(4) ALBERTI, L.: *De re aedificatoria* (1452), Milán, 1966, Lib. I, cap. IX. Las referencias a la ciudad en el tratado de ALBERTI han sido analizadas en F. CHOAY, *La règle et le modèle*, París, 1980, pp. 86 y ss.

(5) SCAMOZZI, V.: *L'idea della architettura universale* (1615), Part. 1, Lib. II, cap. XX.



Modelo de ciudad en el tratado de Vincenzo Scamozzi (1615).

tados de arquitectura. Esta situación comienza a cambiar con la obra de uno de los primeros teóricos al que se debe, en gran parte, la renovación de la cultura arquitectónica que se produce con la Ilustración. El abate Laugier, un jesuita, es un hombre de letras, crítico y polígrafo y no pertenece al ámbito tradicional en el que se produce la reflexión sobre la Arquitectura. A pesar de ello, su «Ensayo sobre la Arquitectura» publicado en 1753 tiene una influencia inmediata y decisiva en el debate de la segunda mitad del siglo. En este tratado, los problemas urbanos constituyen un objeto principal de análisis a diferencia con lo que hasta entonces era común en obras de ese tipo. Un capítulo completo se dedica al «Embelllecimiento de las ciudades».

Laugier comienza constatando la generalización del gusto por los «embellecimientos», que él desearía no se limitasen a las casas de los particulares «debiendo extenderse a las ciudades enteras».

«La mayor parte de nuestras ciudades —continúa— permanecen en un estado de negligencia, de confusión y de desorden (...). Nuestras ciudades todavía son como eran, una masa de edificios apilados sin sistema, sin economía y sin diseño. En ninguna parte se hace ese desorden tan sensible y tan ofensivo como en París. El centro de esta capital no ha cambiado prácticamente desde hace trescientos años. Allí se puede ver todavía el mismo número de calles estrechas, cortas y tortuosas en las que no hay más que basura y suciedad, y donde el cruce de vehículos produce congestiones a cada instante» (6).

Laugier se refiere a tres elementos fundamentales de los cuales depende la «belleza» de la ciudad: las entradas, las calles y los edificios. Las primeras deben ser «libres y espaciosas», «su número en proporción al tamaño» y estar «suficientemente decoradas». Hay que efectuar plantaciones de árboles pero, sobre todo, se trata de multiplicar los caminos de acceso, ensancharlos, etc., prolongándolos incluso en el interior de la ciudad. Al hablar de la disposición de las calles se señala que éstas

«no podrán hacer la comunicación fácil y cómoda, si no son suficientemente numerosas como para evitar los grandes rodeos, anchas como para prevenir la congestión y en una alineación perfecta para abreviar el recorrido» (7).

Precisamente lo contrario de lo que era común entonces en las grandes ciudades. En particular el caso de París del que se comenta la escasez y la mala disposición de sus calles.

Antes de ocuparse de los edificios, Laugier enuncia su propuesta teórica de ordenación de la ciudad:

«Hay que concebir la ciudad como un “bosque” (bois). Las calles de aquéllas son como los caminos de éste y han de trazarse de modo similar».

En realidad, Laugier piensa en el bosque de caza o el jardín de recreo aristocrático como modelo aplicable a la ciudad existente. Si los jardines y parques clásicos son bellos es por la disposición y características de sus avenidas, por su número, su anchura y su alineación. Pero también es preciso un trazado geométrico correcto del «plano» (que podría ser diseñado por un Le Nôtre):

«que exista, a la vez, orden y extravagancia, simetría y variedad; que se vea aquí una «étoile», allí una pata de ganso; a este lado caminos recoletos, al otro, caminos en forma de abanico; más allá, caminos paralelos; por todas partes, cruces de caminos de formas y diseños diferentes. Cuantas más opciones, abundancia, contraste e incluso más desorden exista en la composición, más deliciosa y excitante será la belleza de un parque» (8).

Laugier continúa describiendo su modelo ideal de parque que es también modelo de ciudad:

«Apliquemos esta idea, que el diseño de nuestros parques sirva de plano a nuestras ciudades». No obstante —reconoce— «no es un asunto sin importancia el de diseñar el plano de una ciudad, de manera que la magnificencia del conjunto se subdivida en una infinidad de bellezas de detalle (...), que haya, a la vez, orden y, sin embargo, una especie de confusión (...), que de una multitud de partes regulares resulte una cierta idea de irregularidad y de caos» (9).

Esta analogía forestal ha sido entendida por algunos como una prefiguración de los nuevos criterios pintoresquistas que se impondrían en las décadas siguientes en el trazado de jardines, llegando a calificar los planteamientos de Laugier como «una teoría urbana de lo pintoresco». La aplicación de esos nuevos criterios garantizaría así un fundamento naturalista a la «composición» de la ciudad (10). Sin embargo, la imagen que se desprende del texto (que dedica un capítulo entero al tema), a pesar de algunas críticas implícitas a

(6) LAUGIER, M. A.: *Essai sur l'Architecture* (1753), Bruselas, 1979, p. 209.

(7) *Ibid.*, p. 221.

(8) *Ibid.*, p. 222.

(9) *Ibid.*, pp. 223-224.

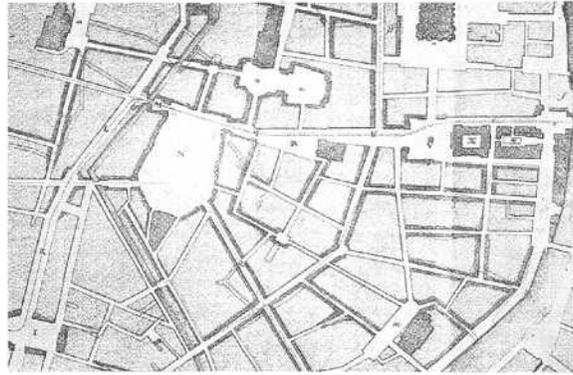
(10) TEYSSOT, G.: «Iluminismo e architettura: saggio di storiografia», Introducción a la ed. it. de KAUFMANN, E.: *Tre Architetture rivoluzionari*, Milán, 1976, p. 48; v. tb. TAFURI, M.: *De la vanguardia a la metrópoli*, Barcelona, 1972, pp. 17 y ss.

los proyectos de Le Nôtre, es todavía la de un parque clásico. La concepción totalizadora predomina sobre su preocupación por la variedad y la irregularidad (11). La cuestión es importante porque la visión naturalista y, en apariencia, formalista de Laugier, resulta ser en realidad, una aproximación más bien funcional y globalizadora a los problemas de la ciudad (que en el Ensayo son los problemas de la ciudad de París a la que se hace constante y explícita alusión).

Cuando Laugier se refiere a la forma en la que se debe llevar a cabo su propuesta muestra claramente esa preocupación funcional que va unida a una visión de conjunto de la reforma de las ciudades. Así, indica la necesidad de proceder a la formación de un *plano* que sirva para ordenar la ejecución de una serie de medidas en el tiempo. Además, su postura es totalmente realista en relación a la reforma de la ciudad existente (haciendo referencia al caso de París):

«Podría al menos hacerse el plano y ordenar sucesivamente su ejecución a medida que las casas vayan desapareciendo con los años.»

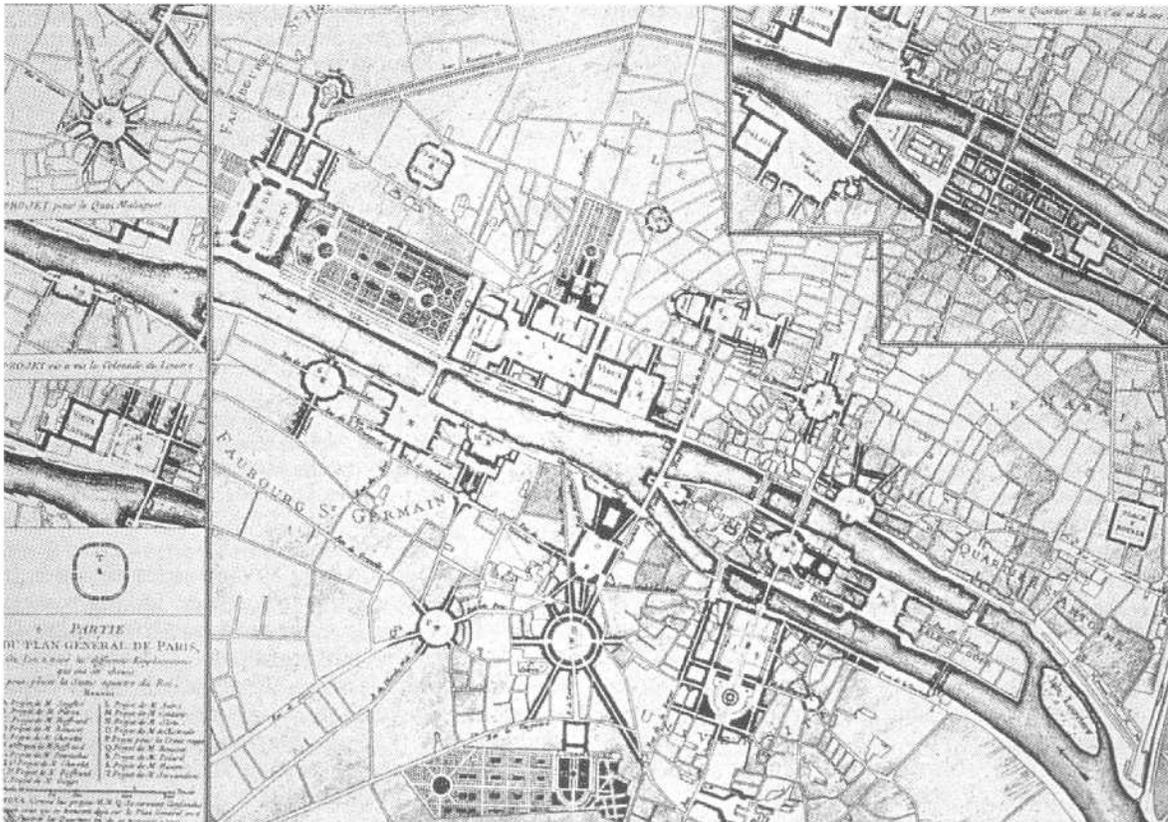
A pesar de las dificultades, el «embellecimiento de París» sólo debería ser una cuestión «de tiempo y paciencia», sobre todo si se tenía en cuenta el ejemplo de numerosas ciudades de pro-



Estrasburgo. Proyecto Blondel (hacia 1770).

vincias que habían sido capaces de «proyectar una reedificación sobre un nuevo plano» (12).

La trascendencia que el tratado de Laugier tuvo en las concepciones urbanísticas de los arquitectos no ha sido todavía suficientemente valorada. No se trata de resaltar su originalidad. En realidad, lo que interesa es su capacidad de reunir toda una serie de concepciones dispersas en una síntesis comprensible que, como ha mostrado G. Bekaert, sería difundida inmediatamente incluso en otros países europeos (13). Uno de los arquitectos de mayor influencia en la cultura arquitecto-



«Collage» basado en el concurso de plazas a Luis XV (P. Patte 1749-1765).

(11) VIDLER, A.: «Los escenarios de la calle: transformaciones del ideal y de la realidad», en ANDERSON, S. (ed.), *Calles. Problemas de estructura y diseño*, Barcelona, 1981, p. 46.

(12) LAUGIER, M. A.: *essai ...*, op. cit., pp. 219-225.

(13) BEKAERT, G.: Introducción a la reedición del texto de Laugier (*Essai ...*, cit.), p. VIII. La segunda edición es de 1755. Ese mismo año es traducido al inglés y en 1756 al alemán. En Italia y en España sería copiado literalmente por los principales tratadistas.

nica francesa, el académico Jacques François Blondel, recomendó en seguida el mencionado tratado. La visión que este arquitecto tiene la ciudad y de las diferencias que comporta el cambio de escala en el tratamiento de los problemas quedaría más tarde reflejada en su «Cours d'Architecture»:

«en nuestras ciudades, la arquitectura prefiere la facilidad de comunicaciones a la decoración de las fachadas; se ocupa de la alineación de las calles, de las plazas y las intersecciones, de la distribución de mercados y de las vías públicas» (14).

Blondel reclamaría también un «plano general» para las ciudades y, a pesar de su escasa presencia en el «Cours», el Urbanismo fue adquiriendo cada vez mayor importancia en la Academia de Arquitectura (15).

Es precisamente un discípulo y colega de Blondel quien —después de la muerte de éste— se encarga de acabar el «Cours d'Architecture» y desarrolla ampliamente las concepciones de Laugier, al integrarlas con su experiencia como arquitecto-urbanista. Se trata de Pierre Patte, arquitecto del rey Luis XV e ingeniero inspector de «Ponts et Chaussées». Patte es conocido, sobre todo, por un «collage» que elabora en 1766 con algunos de los proyectos presentados al concurso convocado quince años antes para la construcción de un monumento a Luis XV. Al margen de las correspondencias exclusivamente formales que se pueden establecer entre la ciudad ideada por Laugier y el grabado de Patte, interesa señalar que la variedad resultante de la combinación de las distintas plazas en el plano de París venía acompañada de una propuesta de intervención global sobre la ciudad. El título de un capítulo completo del libro en el que se explican estos proyectos:

El embellecimiento de París, reflexiones generales sobre los medios que podrían emplearse para embellecer la ciudad en su conjunto», es bastante expresivo. En él se efectuaba una crítica a las condiciones urbanísticas de París, insistiendo —como Laugier— en los problemas de vialidad y de circulación, pero extendiéndose ahora en otras cuestiones relacionadas con la falta de higiene de la ciudad (16).

En un texto posterior, *Memorias sobre los objetos más importantes de la Arquitectura* (1769), Patte desarrolla esas críticas y establece una serie de principios de intervención urbanística. A diferencia de los tratados de Arquitectura tradicionales, en los que las referencias a la ciudad ocupaban un lugar totalmente secundario, aquí reciben una atención excepcional. Desde el principio aclara cuáles son sus objetivos:

«He examinado, en primer lugar, la constitución viciosa de las ciudades; los inconvenientes a los que están sometidas; cómo sería posible remediarlos» (17).

En consecuencia su primer capítulo se dedica ya a las cuestiones urbanísticas:

«Consideraciones sobre la distribución viciosa de las ciudades y sobre los medios de rectificar los inconvenientes a los que están sometidas».

En los primeros epígrafes, Patte se ocupa de algunas cuestiones generales relativas al emplazamiento y a la estructura óptima de una ciudad. En el emplazamiento importan, en esencia, las mismas cuestiones que, desde Vitrubio, se señalan en casi todos los tratados: posibilidades defensivas, buena calidad de las aguas, clima templado, vientos adecuados, etc. En cuanto a la «distribución de la ciudad», Patte se refiere a la defectuosa («viciosa») ordenación de las calles (escasas, estrechas) insistiendo en los problemas de salubridad: antihigiénica mezcla de actividades en el centro de la ciudad, mal funcionamiento del sistema de saneamiento urbano, etc. (18).

A lo largo de todo el capítulo, en el que se entremezclan las descripciones y críticas de lo existente y las propuestas de reforma (o «rectificación»), se evidencia la analogía entre sus principios estéticos y funcionales con los de Laugier, ampliados en lo que se refiere a las cuestiones de higiene. Así, en la disposición correcta de una ciudad, considera que «su forma exterior es indiferente», pudiéndose adoptar en todo caso algunas formas (hexágono u octógono) que permitieran una mejor comunicación de sus barrios para que «la policía se pudiera ejercer más fácilmente». Pero lo esencial es que haya paseos de ronda («cuatro hileras de árboles delimitando una avenida para coches y dos para paseos»), que todos los accesos sean fáciles, que más allá de esas rondas y separados por ellas de la ciudad, se dispongan los suburbios en los cuales se emplazan los edificios molestos, los hospitales, los cementerios (19). El predominio de las preocupaciones utilitarias es manifiesto, por otro lado, en la meticulosidad con la que se discuten los problemas de la calle considerada como parte de la red viaria que plantea problemas de circulación y de higiene, además de los problemas estéticos. Después de examinar las ventajas e inconvenientes de las calles de diversas ciudades (con o sin pórticos, aceras, etc.), Patte propone una solución, ilustrada con planta y sección de la calle ideal. En tres notables láminas se determinan las características de la misma, delimitando la calzada central de los arroyos peatonales protegidos por pilones de piedra, se definen las alturas, el perfil de la calzada, la disposición de las cloacas, las fuentes, etc.

Aunque no se puede decir que Patte utilice explícitamente las analogías orgánico-médicas que poco más tarde serán tan frecuentes en el discurso urbanístico, en su argumentación está implícita una concepción patológica de la ciudad. En nu-

(14) BLONDEL, J. F.: *Cours d'architecture*, París, 1771-1777, vol. I, p. 133.

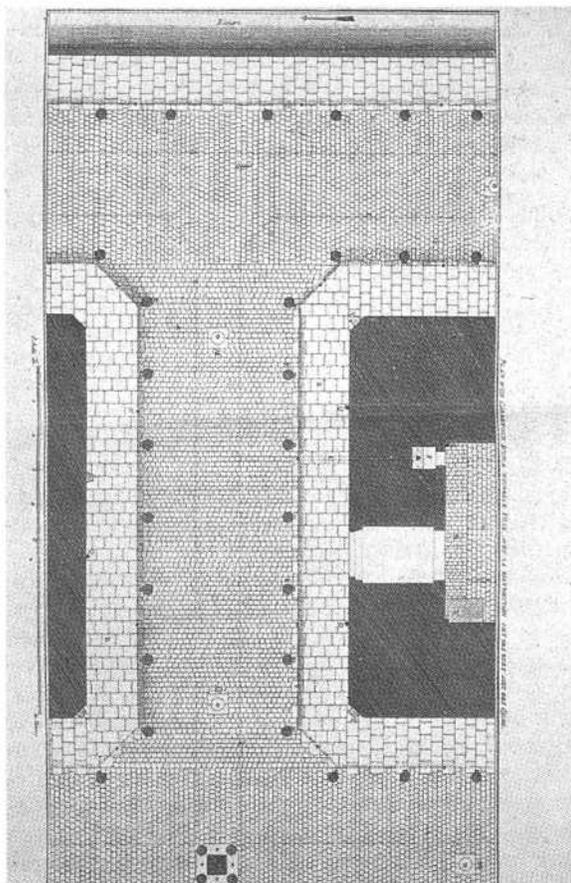
(15) LAVEDAN, P.: *L'urbanisme ...*, cit., pp. 74-75; sobre la actividad urbanística de Blondel en Estrasburgo puede verse el artículo de REMY, D. «L'abellimiento urbano in Francia nel XVIII secolo», *Lotus*, 39, 1983.

(16) PATTE, P.: *Monuments élevés à la gloire de Louis XV*, París, 1765.

(17) PATTE, P.: *Memoires sur les objets les plus importants de l'architecture* (1769), Ginebra, 1973 (introducción).

(18) *Ibid.*, pp. 1-7.

(19) *Ibid.*, pp. 8-10.

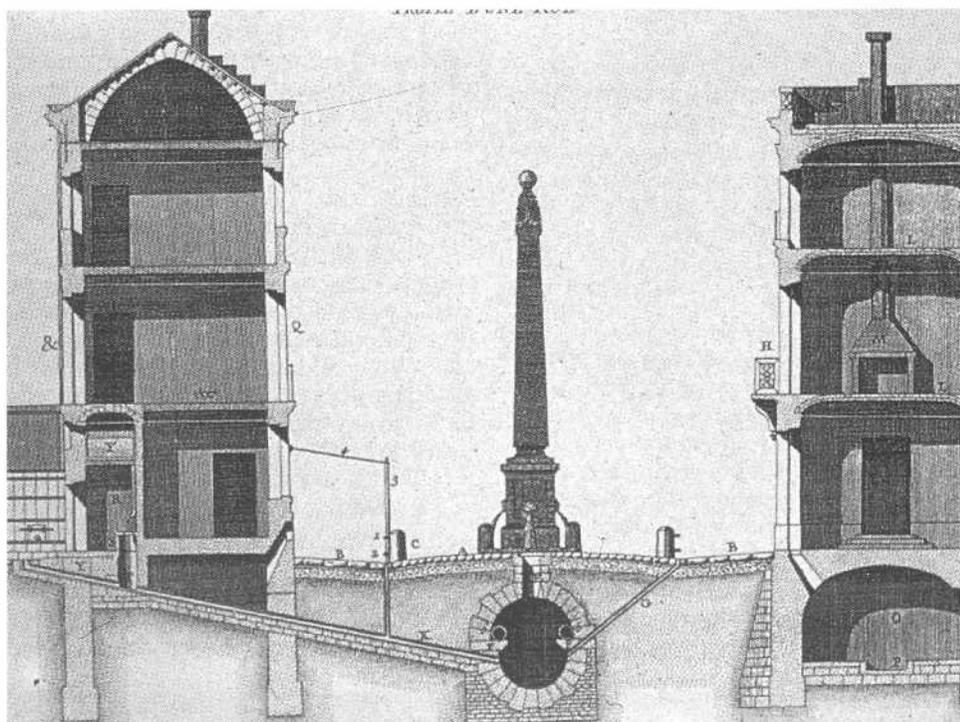


Planta ideal de un cruce de calles (P. Patte, *Memoires...*, 1765).

meras ocasiones emplea términos propios de esta concepción: Así, la acción corruptora de hospitales y cementerios que «infectan», «envenenan» o «corrompen» las aguas y el aire con sus gérmenes de enfermedad y de muerte (20). Nociones que aparecen por vez primera en la reflexión de los arquitectos sobre la ciudad y que manifiestan un nuevo entendimiento de la misma por parte de algunos personajes implicados en la gestión de la misma.

Como se deduce del análisis de esas dos obras, la noción de «embellecimiento» tiene un significado cada vez más ambiguo y alejado del tradicional. Este *embellecimiento total*, como lo denomina Patte, se basa en la reforma o «rectificación» del plano de la ciudad, operación que debe desarrollarse progresivamente, en un tiempo razonable (21): la visión de conjunto y la noción de utilidad directa son las condiciones básicas del embellecimiento.

Aunque es cierto que el caso de Patte es excepcional por su condición de arquitecto-ingeniero preocupado por los problemas urbanísticos, resulta fácil reparar en la influencia y difusión que tuvieron las ideas anteriores examinando las partes relativas a la ciudad en otros tratados de la segunda mitad del siglo. Por no citar sino dos de los más conocidos y accesibles, podemos referirnos al italiano de Milizia (1781) o al más importante de los editados en castellano, el de Benito Bails, *De la Arquitectura civil* (1783). Las principales afirmaciones de Laugier o de Patte están allí presentes, cuando no constituyen un plagio evidente, si bien en ambos se pueden encontrar algunos desarrollos propios (22).



Perfil de una calle (P. Patte, *Memoires...*, 1769).

(20) *Ibid.*, pp. 38 y ss.

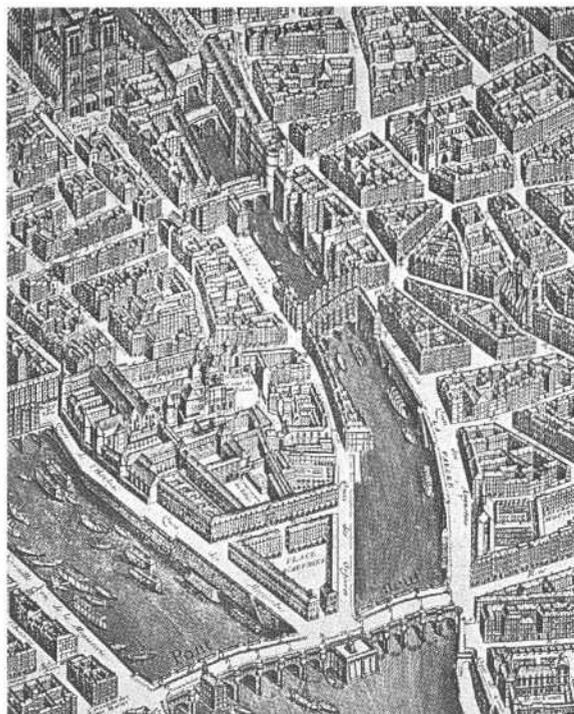
(21) *Ibid.*, pp. 28 y 60.

2. LA RENOVACION GENERAL DE LAS IDEAS Y REPRESENTACIONES DE LA CIUDAD EN OTRAS TRADICIONES DISCIPLINARES

La visión de conjunto y el entendimiento funcional y utilitario de la ciudad no son, en modo alguno, un producto exclusivo de la reflexión de los arquitectos sobre los problemas urbanos. Una serie de estudios realizados en los últimos años han puesto de manifiesto que, paralelamente al camino recorrido por aquéllos, se produce una renovación general de las ideas de ciudad en contextos culturales y tradiciones técnicas de naturaleza muy diversa. Esta renovación conceptual va unida a un proceso de «objetivación» del espacio urbano a partir, sobre todo, de la segunda mitad del siglo XVIII. Desde entonces la ciudad se convierte en objeto de análisis, de descripción y de medición exhaustiva. La proliferación de reconocimientos geográficos, médicos o administrativos es una prueba de ello.

Podemos hacer referencia, en primer lugar, a la visión de los geógrafos y al significado de las representaciones cartográficas. Analizando las descripciones efectuadas por los geógrafos se observa un cambio sustancial en el período señalado. En los textos del siglo XVII, los diccionarios geográficos insistían en una serie de elementos: la antigüedad de la ciudad, su historia, la entidad de sus murallas o la etimología de su nombre. A finales del siglo XVIII, la importancia de la ciudad viene referida ya a otras variables. Cada vez se concede más espacio a la estructura de la población, a los datos económicos (el comercio, las manufacturas...) y a la función de la ciudad. En la literatura geográfica se establece así una clara relación entre actividad económica y desarrollo urbano. El fenómeno urbano se entiende, en las descripciones de finales de siglo, en términos esencialmente funcionales. Es por ello que algunos autores han visto, en este período, el paso de una geografía «heráldica» a una geografía «concreta» (23).

Paralelamente a este proceso, la cartografía urbana experimenta una ruptura capital: de la utilización simbólica de la representación urbana que caracteriza a la producción de planos en perspectiva, se pasa a una representación práctica, directamente utilizable para la ordenación, la extensión y el control general del espacio urbano. Podemos ver en dos ejemplares planos de París cómo tiene lugar este cambio sustancial. El plano de Turgot (1739), uno de los últimos planos en perspectiva de la ciudad, todavía tiene un valor cultural y simbólico. Al parecer, la posesión de esta vista de París constituía incluso un signo de identidad social, se coleccionaba y se mostraba como un valioso ob-



París. Plano Turgot (1739).

jeto. Se trataba, fundamentalmente de un objeto cultural y no tanto de un instrumento de trabajo. De ahí que, para algunos, resultara ya un tanto anacrónico en el momento de su publicación. La representación de Turgot traduce aún el ideal de la cultura urbana en la que el espectáculo domina sobre la imagen abstracta. Obviamente, el paso a las representaciones planimétricas no se produce de una forma repentina. Durante algún tiempo coexisten las vistas y los planos geométricos. Se pueden encontrar incluso representaciones planimétricas en épocas anteriores (como el conocido plano de Bullet-Blondel de 1675). Pero, salvo esas excepciones, la cartografía urbana es todavía poco precisa y gran parte de la producción responde a motivaciones militares hasta la época que consideramos. En cualquier caso, es comprobable un crecimiento cronológico de estos documentos. En particular, para el caso de París se constata un aumento considerable de los mismos a partir de 1770 (24).

Una muestra de esa profunda evolución de la representación cartográfica es el plano de París levantado por Verniquet en el último cuarto del siglo (1774-1793). En este documento, excepcional para la época, existe, junto a una mayor precisión, una lógica selectiva.

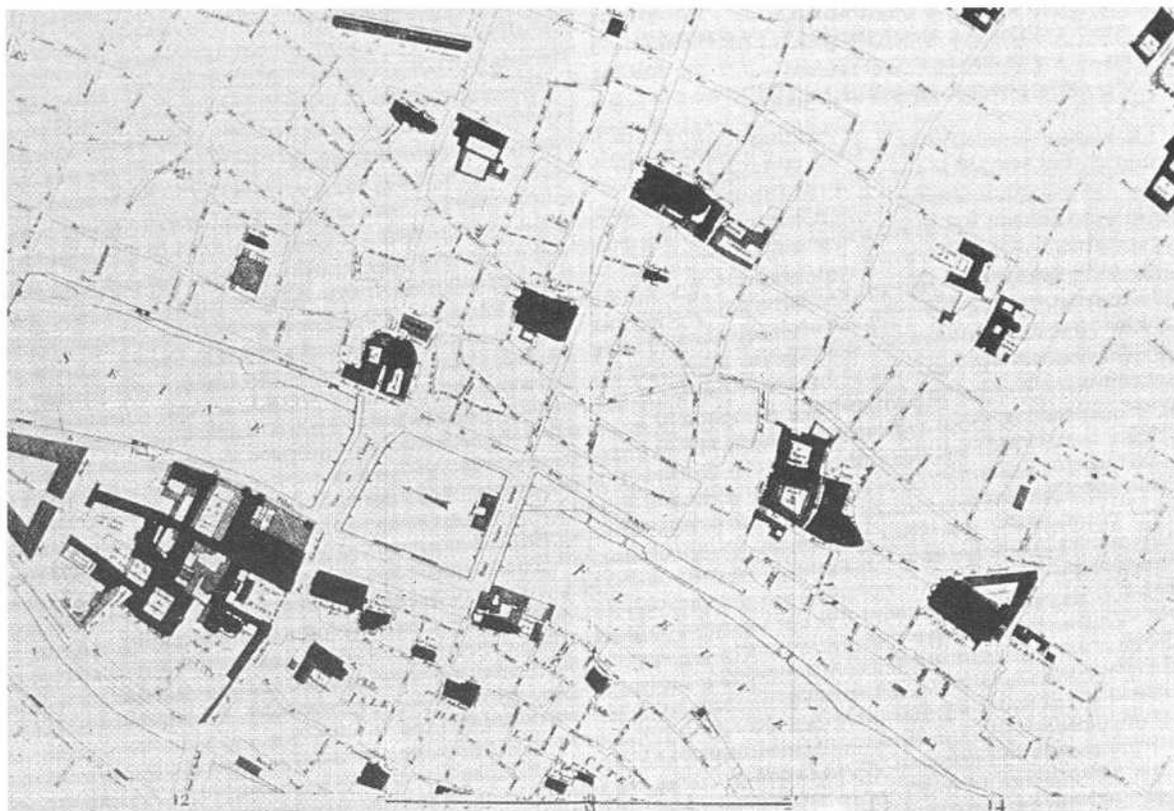
No se «añade» información sino que se evidencian los elementos principales de la estructura ur-

(22) MILIZIA, F.: *Pincipi di Architettura Civile* (1781), Milán, 1972; B. BAILS, *De la Architecture Civile* (1783), Murcia, 1983. Véase la nota 13.

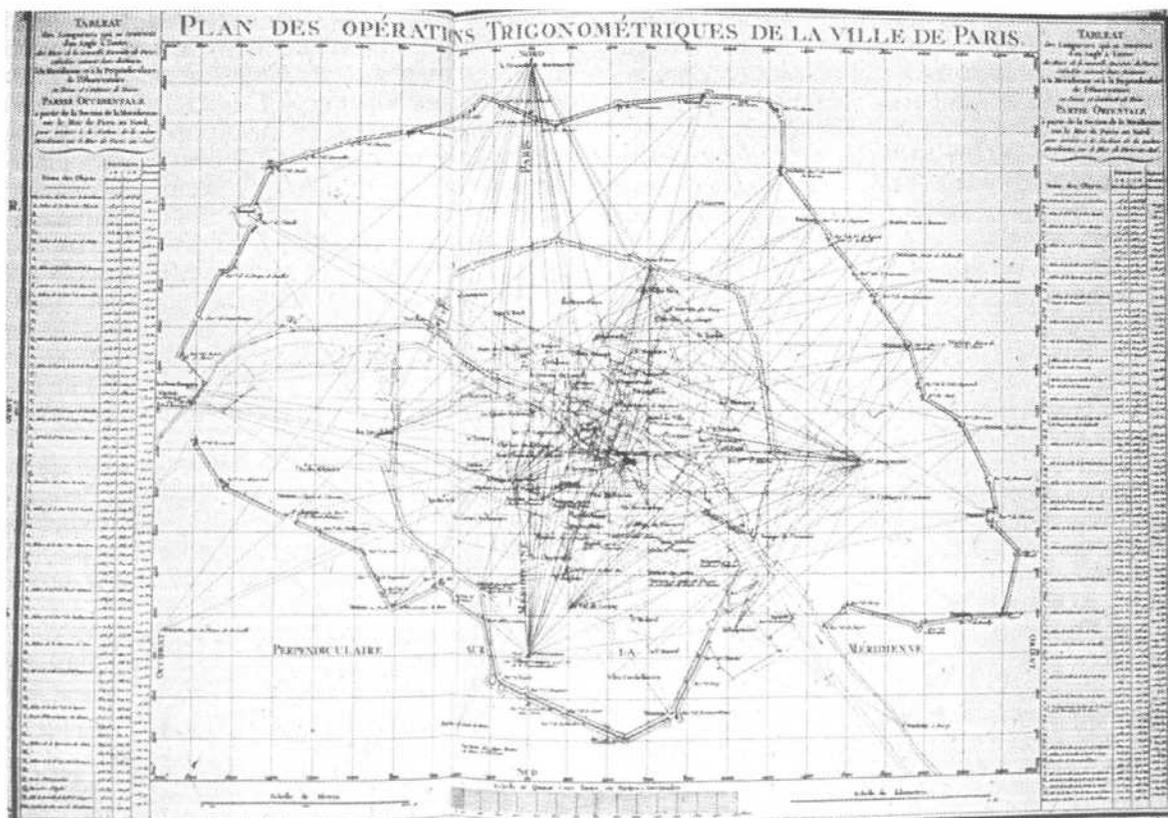
(23) LEPETIT, B.: «L'évolution de la notion de ville d'après les tableaux et descriptions géographiques de la France (1650-1850)», *Urbi* II, 1980. Una argumentación paralela podría establecerse para el caso de los economistas y su cambio de concepciones en relación al espacio. Ver, sobre todo, P.

DOCKES, *L'espace dans la pensée économique du XVIIe au XVIIIe siècle*, París, 1969.

(24) *Ibid.* Se puede encontrar alguna precisión sobre el tema en ELLIOT, J.: *The City in Maps. urban mapping to 1900*, Londres, 1987. El análisis de la producción cartográfica parisina y su crecimiento cuantitativo en esta época está en D. ROCHE, *Le peuple de Paris*, París, 1981, p. 14 y ss.



París. Plano Verniquet (1784-93).



París. Plano de triangulaciones de Verniquet.

vana. Sus 72 láminas denotan una capacidad de abstraer los elementos definitorios que realmente interesa conocer desde los nuevos presupuestos más funcionalistas y que no estaba presente en los planos anteriores. El detalle de las casas, la iconografía que acompañaba a la producción anterior, desaparece. Solamente se representan —con gran minuciosidad— las alineaciones de las calles, los edificios públicos, los códigos de identificación de los elementos urbanos. No se reflejan ya los monumentos sino que se presta más atención a las infraestructuras de la ciudad. El perfeccionamiento de la cartografía —el de los «planos geométricos» en general— no introduce pues un realismo suplementario sino que describe el espacio urbano en función de los objetivos de identificación y de control de las variables que pueden ser instrumentalizadas. Se trata de un matiz importante ya que todavía son bastante frecuentes las interpretaciones estrictamente «tecnicistas» de un proceso complejo que responde también a condicionantes de otra naturaleza (25).

Una parte muy notable de los reconocimientos de la ciudad que se efectúan desde el final del siglo XVIII proviene de la actividad de los médicos. Si en la literatura de los ilustrados es frecuente encontrar una gran prevención hacia la ciudad —sobre todo hacia la gran ciudad—, para los médicos higienistas el espacio urbano se convertirá en un espacio patológico en sentido estricto. Es decir, si para un filósofo como Rousseau las ciudades aparecen de forma genérica como el origen de los males de la sociedad, para los médicos la patología urbana tiene unas motivaciones propias y ello se justifica con argumentos «científicos»: las condiciones de vida en las ciudades son las responsables de una serie de enfermedades que afectan a la población. De ahí el interés que adquieren las llamadas «topografías médicas», documentos que describen el medio urbano (y rural) deduciendo las posibles consecuencias del mismo sobre la salud de sus habitantes.

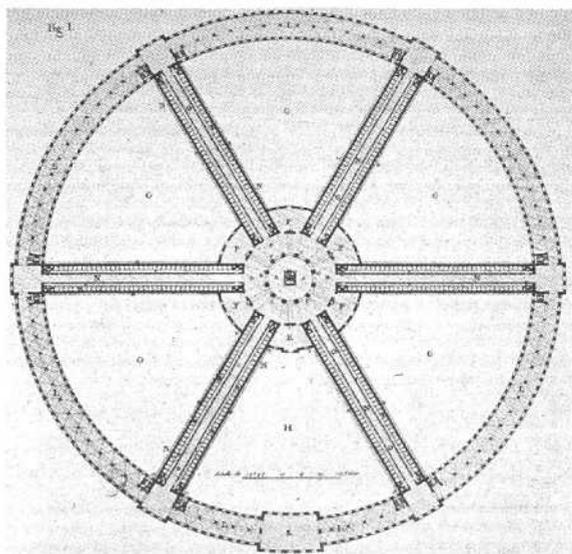
Este «ambientalismo médico» —que se desarrollará plenamente en el siglo XIX— surge de la tradición hipocrática en el siglo XVIII. Un conocido tratado de la antigüedad, el libro de Hipócrates sobre «los aires, las aguas y los lugares» centrado en los por él considerados estrechos vínculos entre fiebres y clima, fue —como nuevo Vitruvio— redescubierto entonces. A partir de ahí se elaboraron una serie de teorías que indicaban la existencia de «lugares sanos» y «lugares enfermos». Durante el siglo XVIII aparece, sobre todo, la cuestión de la corrupción del aire como un problema irritante. Así, se identificaban una serie de «focos de pestilencia» y de «infección»: mercados, cementerios, hospitales, mataderos, cloacas, barrios densificados, etc. Hasta los descubrimientos de Koch y de Pasteur a finales del siglo XIX,

el pensamiento de este «neohipocratismo» se resume en la valorización de la circulación del aire:

«si la inmovilidad descompone, todo lo que es movimiento, circulación, es sano» (26).

La consecuencia lógica de ese nuevo paradigma fue la proliferación de descripciones físicas de las ciudades mediante las topografías médicas primero y, más tarde, a través de las encuestas sobre los focos de epidemias, los balances de mortalidad en cada área urbana, etc. Paralelamente, el desarrollo del discurso higienista se correspondió con un notable fomento de las políticas de reforma urbana: para hacer circular el aire se reclamaban calles anchas y rectas, grandes plazas y arbolado, adecuados sistemas de alcantarillado y de limpieza de las calles, pavimentación de las mismas para facilitar su drenaje, etc. Por otro lado, la obsesión por aislar los focos de infecciones favoreció enormemente la política de construcción de edificios específicos para aquellas funciones que se consideraban como fuentes de corrupción del aire: no solamente se construyeron más y se renovó notablemente la estructura arquitectónica de los mismos, sino que los nuevos mataderos, cárceles, hospitales, cementerios, etc., se implantaron en lugares cada vez más periféricos. Como, además, también existía una preocupación paralela por el perfeccionamiento del control social de la población, no debe extrañar el desarrollo de estas arquitecturas «cerradas» junto a los nuevos programas de edificios utilitarios (27).

De la importancia que adquieren los nuevos principios es una buena muestra el diseño y emplazamiento del Hospital central de París, que es objeto entonces (1774) de un concurso que suscita grandes debates entre médicos y arquitectos.



Proyecto de Hospital de A. Petit (1774).

(25) FORTIER, B.: «Espace et planification urbaine (1760-1820)», en AA.VV., *Prende la ville*, París, 1977.

(26) FOUCAULT, M.; KRIEGLER, B. B.; THALAMY, A.; BEGUIN, F.; FORTIER, B.: *Les machines à guerir*, Bruselas, 1979. Una acertada síntesis en castellano sobre el tema, aunque centrada ya en el siglo siguiente, puede verse en L.

URTEAGA, «Miseria, miasmas y microbios. Las topografías médicas y el estudio del medio ambiente en el siglo XIX», *Geocrítica*, 29, 1980.

(27) ETLIN, R.: «L'air dans l'urbanisme des lumières», *Dix-huitième siècle*, 9, 1977.

Las soluciones presentadas manifiestan esa voluntad —que se afirmará en las últimas décadas del siglo— de buscar los medios de curación en la misma disposición de los edificios. Las formas radio-céntricas propuestas por algunos arquitectos responden, en gran medida, a la preocupación casi obsesiva por la renovación y circulación del aire. Se trata de hacer de los hospitales verdaderas «máquinas de curar», según una célebre expresión de la época. Por otro lado, el hospital puede verse como una «ciudad higiénica» en miniatura. Si el diseño adecuado del espacio hospitalario es capaz de asegurar un mayor control de la salud, la mejora sanitaria de la ciudad en general será consecuencia de una reforma del espacio urbano. Esta convergencia entre espacio hospitalario y espacio urbano es patente en el discurso de las topografías médicas y en las indicaciones urbanísticas de los médicos «higienistas». La influencia que ese discurso médico tiene en las imágenes urbanas de otros colectivos es evidente y se refleja en el vocabulario urbanístico que se impone en la época: los términos función, órgano, etc., son constantemente aplicados en la reflexión sobre la ciudad (28).

Las nuevas concepciones urbanísticas no son exclusivas de códigos culturales o de tradiciones profesionales como las anteriores. Funcionarios y técnicos que intervienen en la ciudad —intendentes, ingenieros, arquitectos— también las comparten de un modo u otro. La teoría y la práctica de la Administración o «Policía» sufre en este período transformaciones sustanciales. La policía urbana adquiere su acepción moderna de organización racional del orden público. Es entonces cuando aparecen una serie de tratados en los que se recogen todos los decretos y normas relativos al control del espacio urbano. Así, en un conocido «Tratado de Policía» (De Lamare, 1705-1738), se define el cometido de esta disciplina:

«la policía debe, entre otras cosas, vigilar la regularidad y la forma de los edificios; prescribir la alineación, la construcción y la altura de las casas, conservar la anchura y la libertad de la vía pública...»

La Policía se ocupa pues tanto de las cuestiones materiales de «limpieza, adorno y embellecimiento», como del «buen orden de la sociedad» y de la ciudad en particular (29). Puesto que se trata de «conservar el orden» regularizando el espacio urbano, el control de las vías públicas constituye una preocupación prioritaria. Aunque los tratados de policía recogen, en realidad, toda una serie de reglamentos y normas que pertenecen a campos muy diversos dentro de lo que hoy entendemos por administración pública, las cuestiones

referidas al *viario* adquieren un papel cada vez más relevante. La limpieza y la buena dirección de las calles, su alumbrado y empedrado, el «embellecimiento» general de los paseos públicos con árboles, bancos y asientos, son objeto de tratamiento y reglamentación detallada en ese tipo de textos.

El desarrollo efectivo de la reglamentación urbanística responde a motivaciones de diversa naturaleza. En primer lugar, están las cuestiones de *seguridad*. Se trata de reducir los riesgos de incendio y garantizar la solidez de la edificación. Para ello, se regula el tipo de construcción de las cubiertas o los dispositivos de salida de humos, se impone —algunas veces— la obligación de construir las escaleras en piedra y se establecen normas precisas para todo lo que pueda caer de las casas a la vía pública. Este deseo de seguridad va estrechamente ligado a una voluntad de facilitar la *circulación*, otro gran objetivo de los renovados reglamentos de «policía». El crecimiento y la densificación urbana dificultan cada vez más las comunicaciones y, consiguientemente, gran parte de la preocupación por la alineación está motivada por los problemas circulatorios. De ahí la obsesión de las autoridades por el ensanchamiento y la regularización del viario. Si se piensa en la combinación de estas razones con las sanitarias que ya hemos mencionado, se podrá comprender mejor el desarrollo de determinada normativa genérica como la que establece, en el París de finales de siglo, la altura máxima y la anchura mínima de las calles (30). Es obvia, por último, la importancia de una preocupación *estética* que, en realidad, supone una prolongación del espíritu urbanístico renacentista y barroco. El establecimiento, cada vez más frecuente, de servidumbres arquitectónicas u ordenanzas de fachada, responde al deseo de obtener perspectivas monumentales y una mayor uniformidad arquitectónica en las nuevas operaciones de «embellecimiento» urbano.

El mecanismo que permite la «rectificación» (en terminología de Patte) efectiva del espacio urbano es, sobre todo, el de los *planos de alineación* de las vías públicas. La importancia que se concede a la cuestión de la alineación es tal que, en uno de los tratados de policía de mediados del siglo XVIII se dice:

«La belleza de las ciudades consiste sobre todo en la alineación de las calles» (31).

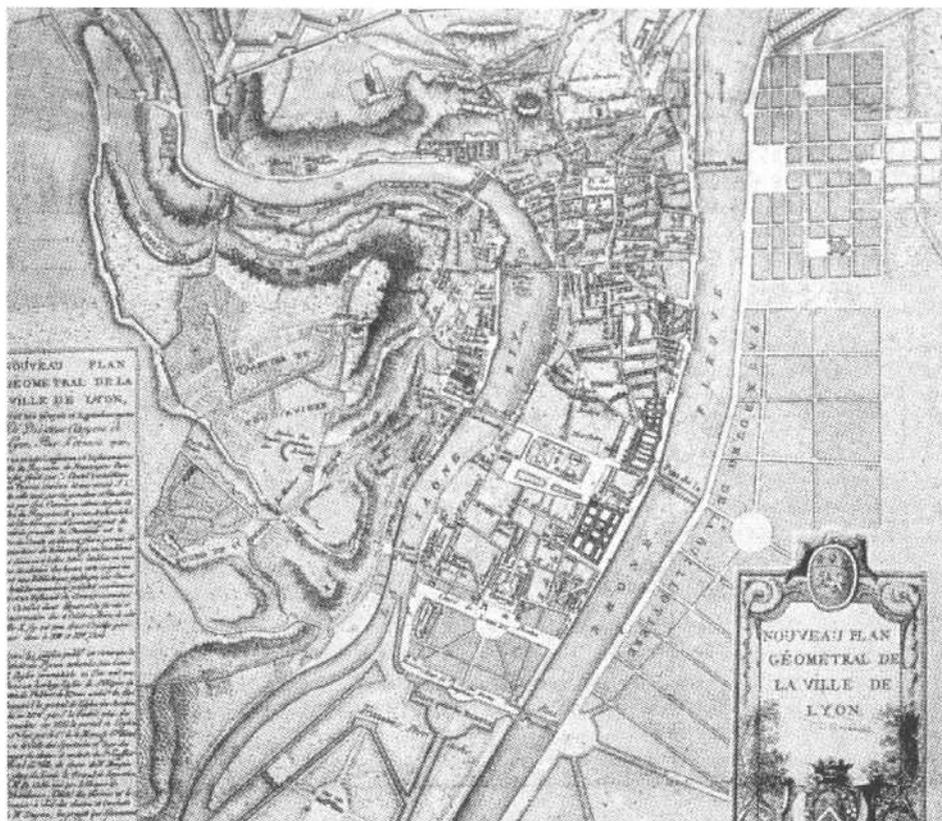
Hasta el siglo XVIII, la práctica habitual consistía en la alineación individual, concedida por las autoridades encargadas del control del viario. A partir de entonces, es la línea trazada en el plano

(28) FOUCAULT, M.: op. cit., en nota 26, p. 51 y ss. Sobre la influencia del pensamiento médico en las concepciones urbanísticas de arquitectos e ingenieros y también para una reinterpretación general del urbanismo de la época que tratamos, con la pérdida del papel «rector» de la arquitectura, ver el trabajo de PERROT, J. C.: *Genèse d'une ville moderne. Caën au XVIII^e siècle*, París-La Haya, 1975, pp. 639-701, 833-837 y 894-895.

(29) DE LAMARE, E. N.: *Traité de la Police*, t. IV (1738), cit. por CHOAY, F. *La règle...*, op. cit., p. 39.

(30) HAROUEL, J. L.: «Les fonctions de l'alignement dans l'organisme urbain», *Dix-huitième siècle*, 9, 1977. Véase, del mismo autor, *Histoire de l'urbanisme*, París, 1981, cap. III. En el texto de PERROT, J. C., citado más arriba se analiza con detalle el proceso de «apertura» de la ciudad de Caen en el siglo XVIII como consecuencia de las nuevas políticas de viabilidad.

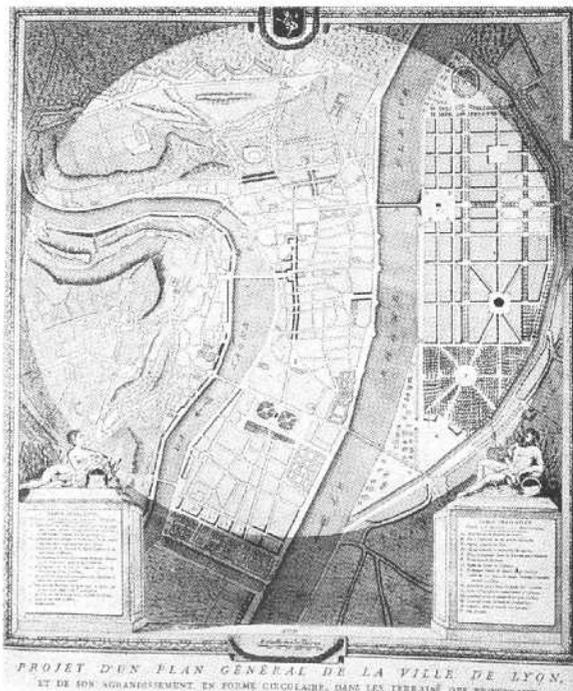
(31) DE FREIMINVILLE: *Dictionnaire ou traité de la police générale des villes, bourgs, paroisses et seigneuries de la campagne*, París, 1758. V.^o Rues, alignement, p. 518 (cit. por Harouel).



Lyon. «Projet d'un Plan General» (1764-68).

la que fija jurídicamente los límites entre espacio público y espacio privado. Al contrario de lo que ocurría en épocas anteriores cuando la alineación dependía del permiso de construcción, ahora aquélla se convertía en un instrumento esencial, mientras el permiso de construcción se consideraba ya implícito una vez establecida la alineación.

La formación de planos parciales de alineación no suponía una novedad. Desde mucho antes, para llevar a cabo la ordenación de determinadas calles y espacios públicos había sido preciso la elaboración de los correspondientes planos en los que se fijaban las nuevas alineaciones en relación a las existentes. Lo que se observa en el siglo XVIII es una proliferación muy notable de ese tipo de documentos. Pero, sobre todo, es entonces cuando aparecen en numerosas ciudades francesas los planos de alineaciones «generales», esto es, que representan a la totalidad de la ciudad existente indicando las extensiones y reformas o «embellecimientos» previstos. La elaboración de estos planos fue parte del proceso de renovación conceptual mencionado y, también, el resultado de una crítica creciente a la práctica, hasta entonces habitual, de los embellecimientos acotados (32). Hasta entonces, salvo los casos excepcionales de proyectos «generales» realizados con motivo de al-



Lyon. «Nouveau Plan Géometral» (1789).

(32) Son conocidas, por ejemplo, las críticas de Voltaire al concurso para la nueva plaza dedicada a Luis XV: «Se habla de una plaza y de una estatua del rey (...). París, será, a pesar de todo, muy incómoda e irregular. Son precisos mercados públicos, fuentes que realmente den agua, cruces regu-

lares, salas de espectáculos; hay que ampliar las calles estrechas y malsanas ...» (VOLTAIRE, *Des embellissements de Paris*, París, 1749, cit. en DE SICA, P. *Antología di urbanistica*, Roma-Bari, 1980, pp. 15 y ss.

guna catástrofe que obligaba a reconstruir una parte sustancial de la ciudad (Londres, por ejemplo, tras el incendio de 1666), los planos elaborados por los arquitectos representaban únicamente el ámbito de las operaciones de fundación o de remodelación más o menos puntual («places royales», avenidas, sistemas de calles, etc.). No es casual pues la coincidencia temporal entre el paso a las representaciones planimétricas de la ciudad y la formación cada vez más frecuente de los proyectos o planos de conjunto. En realidad, la distinción entre esos dos tipos de documentos no siempre es fácil y puede carecer de sentido. De ahí la confusión creciente en las denominaciones: «plano geométrico», «plano de alineaciones», «proyecto de plano general», etc.

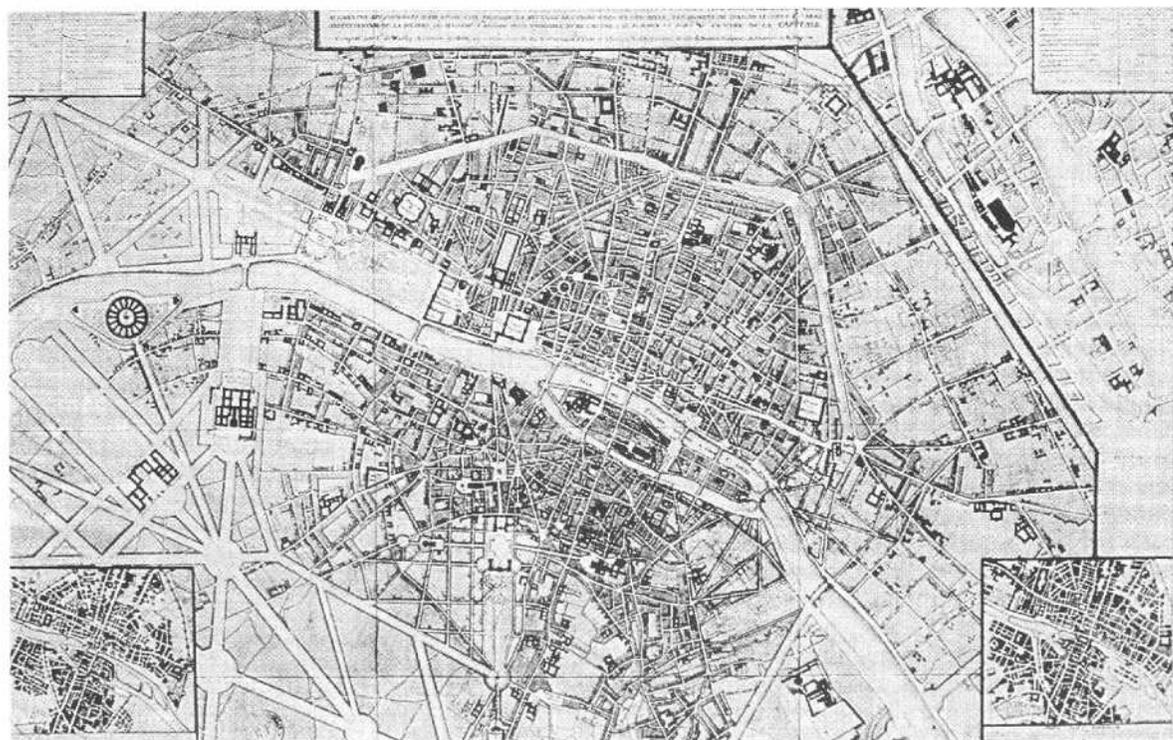
La renovación de las concepciones urbanísticas de los técnicos municipales tuvo mucho que ver, evidentemente, con todo ese desarrollo de la reglamentación, las técnicas de alineación y los procedimientos de gestión de las operaciones urbanas en general (expropiación, cooperación público-privada, control o «disciplina» urbanística, etc.). Paralelamente y, en parte, debido a los nuevos métodos de los geógrafos o de los médicos, la ciudad del siglo XVIII es concebida como un organismo vivo cuya salud depende de las medidas y facilidades ofrecidas a la circulación, sea del aire, de los hombres o de las mercancías. La ciudad se describe, se representa y se reforma no sólo en función de los objetivos estéticos tradicionales sino, cada vez más, atendiendo a esa nueva visión de conjunto y a un entendimiento utilitario de la

ciudad. En cualquier caso, la imposición de un urbanismo funcional sobre el que predominaba hasta entonces, de carácter cultural, no fue el resultado de una evolución propia de la disciplina arquitectónica, sino de su convergencia con otras tradiciones. Por eso, el nuevo saber urbano que aparece a finales de siglo, no dependía de ninguna de ellas de forma exclusiva.

3. EL «PLAN DE LOS ARTISTAS» EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

Una breve interpretación de un episodio singular que tuvo su marco en el París revolucionario puede ilustrar algunas de las cuestiones planteadas. Se trata del llamado «Plan (o plano) de los Artistas», que fue encargado por la Convención republicana a una comisión de arquitectos y administradores, entre ellos los autores de dos planos de París, De Wailly y Verniquet. Planos que constituían los dos trabajos más desarrollados y precisos en la representación de la ciudad y de reunión de los proyectos de reforma previstos (33).

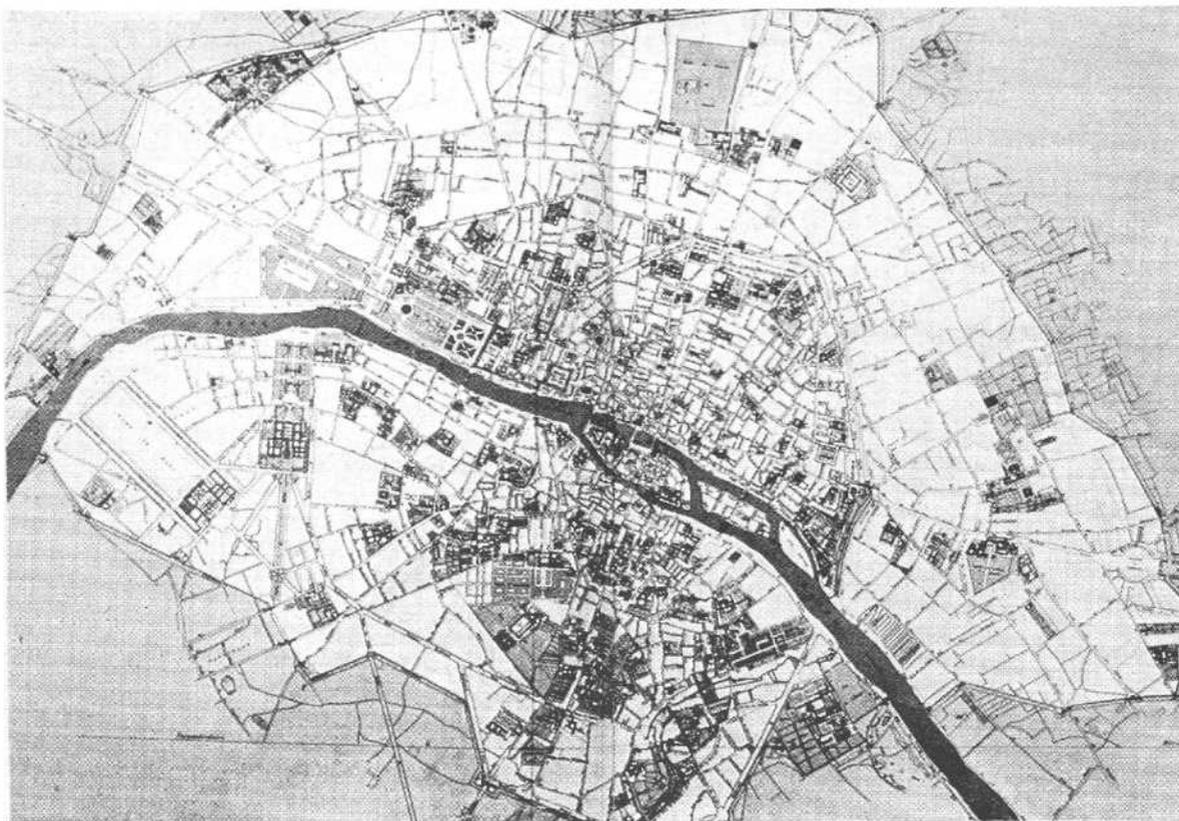
El documento elaborado por estos «artistas» (que desapareció en los sucesos de la Comuna pero que fue reconstruido a finales del siglo XIX) no era el primer plano «general» de París. Desde el siglo anterior se habían elaborado otros planos de la ciudad en los que se incluían algunas de las reformas y «embellecimientos» previstos. Pero todos ellos eran bastante modestos, incluyendo el del propio De Wailly, si se los compara con el emprendido por la Comisión a partir de 1793.



«Plan General du Projet des embellissements de Paris» (De Wailly, 1788).

(33) Sobre la constitución y el trabajo de la Comisión, ver LAVEDAN, P. *L'urbanisme a ...*, op. cit., pp. 148-149. Tam-

bién HAUTECOEUR, L.: *Historie de l'Architecture classique en France*, V, París, 1953, pp. 126-129.



París. Plano de situación de los Bienes Nacionales (1793).

La elaboración de este «plano» (al que aquí podemos denominar «plan» o «proyecto» indistintamente) responde a una situación coyuntural, aunque, lógicamente, se inscribe en el marco de la renovación conceptual y técnica que se venía produciendo desde varias décadas atrás. Con la Revolución, los bienes eclesiásticos, las propiedades de la corona, de las corporaciones suprimidas y de los emigrados fueron confiscadas y declaradas «bienes nacionales». Se trataba de poner en el mercado una gran superficie del suelo de París que estaba en esas condiciones (unas 400 Ha de las 3.370 en las que se extendía la ciudad). Pero el problema consistía en que esas propiedades eran parcelas excesivamente grandes para su aprovechamiento edificable. La necesidad política y financiera de vender esos terrenos provocó la decisión del gobierno de encargar el trabajo para proceder a su división por medio de calles y a la correspondiente reparcelación.

A pesar de que ése era el problema más urgente, desde el principio quedó claro que tales medidas constituían también una oportunidad de actuación global sobre la ciudad en una situación que se presentaba por vez primera de este modo. Ocasión para la valorización de determinados monumentos, por supuesto, pero también para coordinar y completar la red viaria existente. Se ha dicho que el proyecto de los artistas «es el primero

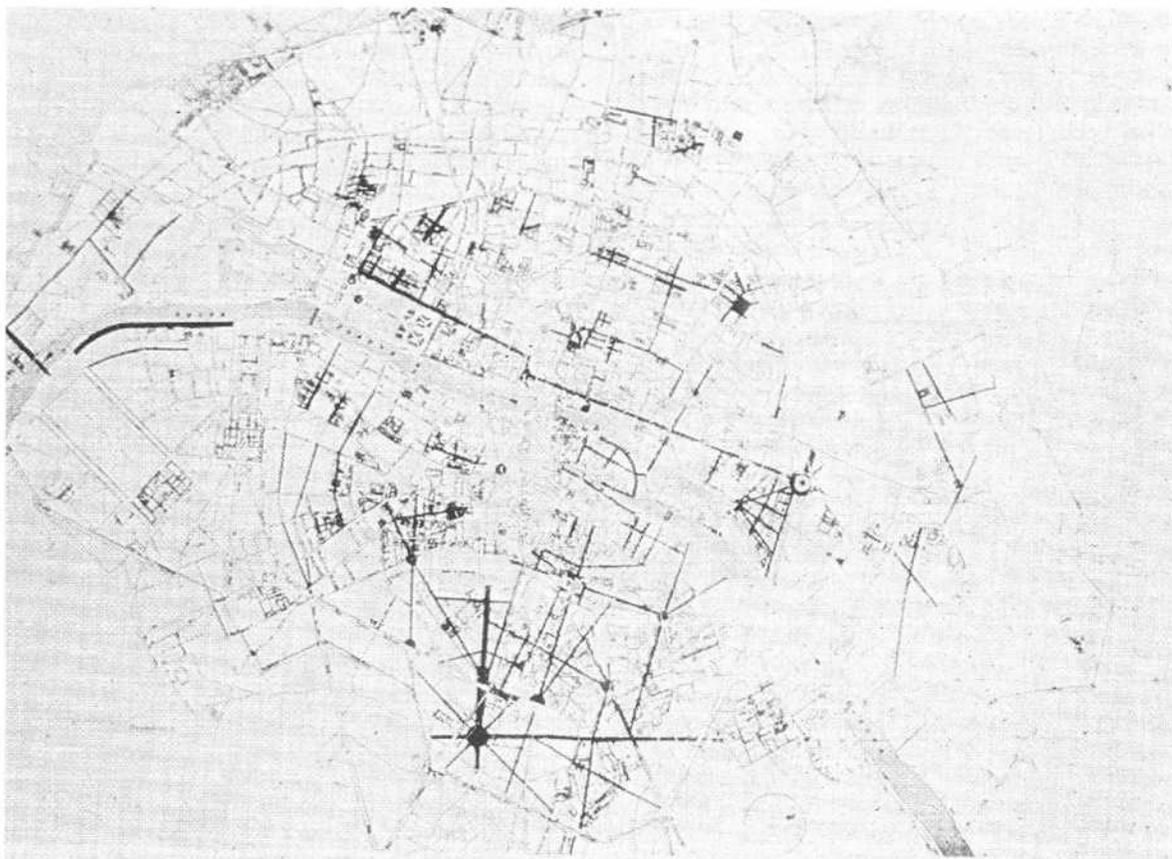
en el que se revela la intención de renovar seriamente el sistema de vías de París» (34). De hecho, la propia Comisión indicaba que los trazados propuestos «debían ser considerados bajo tres puntos de vista diferentes»: algunos trazados tenían relación directa con la «división y alineación de los terrenos», otros respondían a la necesidad de «saneamiento» de partes en las que no corría el aire o en las que se trataba de «facilitar la circulación», y, en tercer lugar, estaban los relacionados con los «embellecimientos» que se podían llevar a cabo. En otros informes que acompañaban al plano se planteaban problemas de análoga naturaleza (35).

En resumen, lo que se propone en el plano es una serie de trazados capaces de reunir ese triple objetivo de una máxima valorización de los terrenos, un mejor funcionamiento de la ciudad y la apertura o prolongación de ciertas vías representativas. Se retoman algunas ideas ya concebidas bajo el Antiguo Régimen, como la ordenación de la plaza de la Bastilla o la realización de una gran vía monumental que debía unir esa plaza con la de Luis XV (Concorde). La sistematización de la zona de les Halles y del barrio del Marais, son las otras operaciones previstas en la margen derecha. En la margen izquierda, los proyectos eran de concepción más novedosa y en ellos primaban las preocupaciones estéticas. Tres monumentos, la

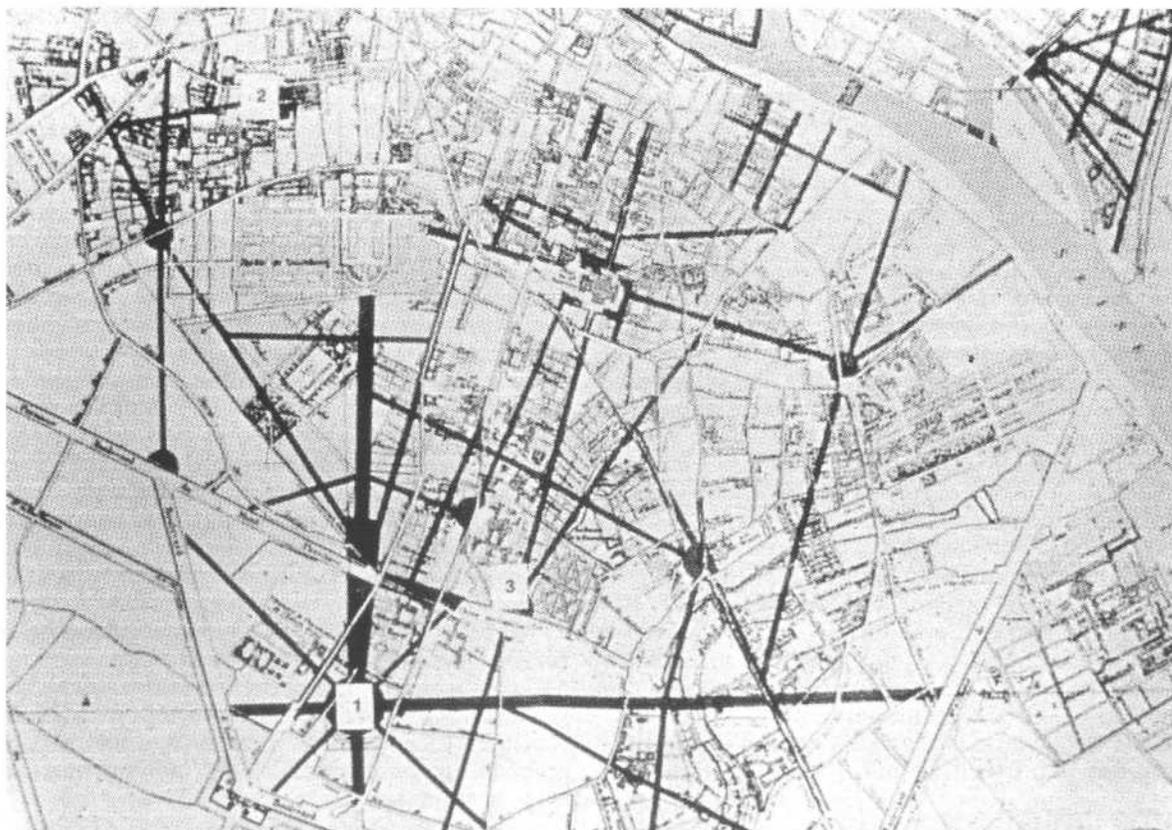
(34) HALBWACHS, M.: «Les plans d'extension et d'aménagement de Paris avant le XIXe. siècle», *La vie urbaine*, 2, 1920; reproducido en HALBWACHS, M. *Classes sociales*

et morphologie, Paris, 1972, pp. 199-224. V. tb. LAVEDAN, P.: *Nouvelle histoire de Paris*, Paris, 1975, pp. 301 y ss.

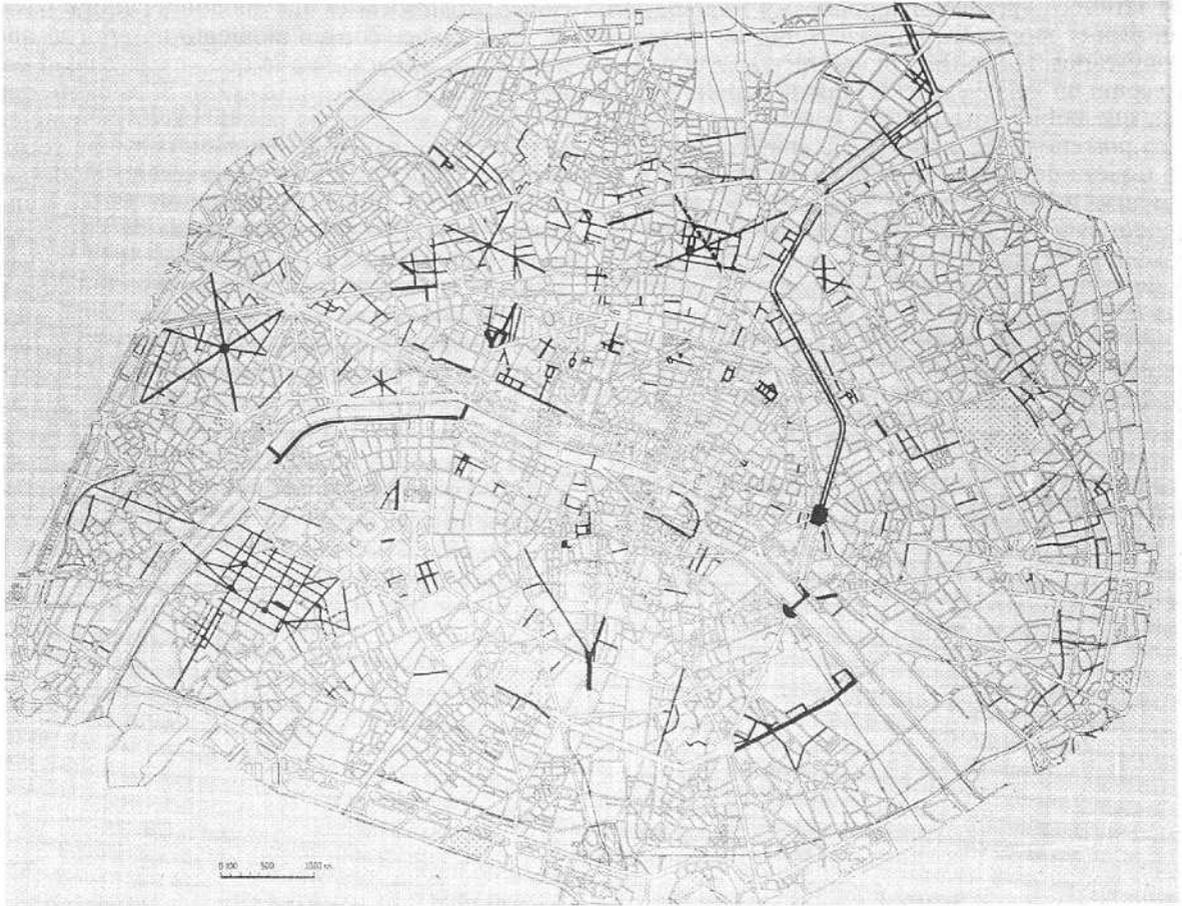
(35) FORTIER, B.: «Espace et ...», art. cit., pp. 87 y ss.



París. «Plan» de los Artistas (1793-97).



Ibid. (detalle).



París. Apertura de calles entre 1790-1830 (según Rouleau).

iglesia de Sant Sulpice, el Observatorio y la abadía de la Val-de-Grace, eran los centros de las calles proyectadas (36).

Si se compara el plano elaborado por la Comisión con el que representa la situación y disposición morfológica de los bienes nacionales, se comprobará fácilmente que los trazados propuestos no se efectuaban solamente sobre estos terrenos y que, por otro lado, existen muchos terrenos confiscados que no se ven afectados en absoluto. Esto demuestra que si el sistema de calles previsto estaba subordinado a las posibilidades de venta estableciendo una división del suelo más racional y viable, también se efectuaban en función de otro tipo de objetivos. Las plazas circulares y las calles radiales o «en estrella» respondían a las concepciones clásicas del embellecimiento basadas en la introducción de perspectivas monumentales. Por otro lado, la misma división de las vías en cinco clases diferentes según su jerarquía es una muestra de la consideración de los problemas circulatorios. Así, las «grandes routes» tenían una dimensión de 14 m de anchura, las de «travesía interior» (de una grand route a otra o de conexión con plazas o mercados) de 12 m y las de tercera, cuarta o quinta clase (communications intermediaires, communications transversales y petites communications) tenían 10, 8 y 6 m respectivamente. También se establecían alturas y otros parámetros para las diferentes categorías de calles.

El plan de los artistas no se llevaría a cabo, lógicamente, durante el período revolucionario. Pero, desde entonces hasta su asimilación en las propuestas de Rambouteau y de Haussmann constituyó un poderoso esquema de referencia para numerosas operaciones urbanísticas. Una parte del proyecto fue efectivamente realizada, mientras que muchas de sus ideas fueron retomadas y desarrolladas más tarde. Además, como se ha señalado en alguna ocasión, si no todas las operaciones previstas fueron realizadas «no es porque se consideraran inútiles sino más bien insuficientes» (37).

Los artistas superaron el carácter estrictamente utilitario que, en principio, se desprendía del encargo de la Convención. Pero tampoco se limitaron a aplicar los principios de la composición arquitectónica a la escala urbana como su pertenencia a la misma tradición cultural permitía suponer (casi todos eran antiguos miembros de la Académie royale d'Architecture). Se puede decir que su Plan refleja las teorías y técnicas urbanísticas que se habían ido conformando durante la segunda mitad del siglo XVIII. Por vez primera se proponía una reforma global de la ciudad aunque todavía

(36) ROULEAU, B.: *Le tracé des rues de Paris. Formation, typologie, fonctions*, París, 1975, p. 91.

(37) HALBWACHS, M.: «Les plans ...», art. cit., p. 218.

en términos «prehaussmannianos» y limitada, en un primer momento, a incidir sobre los terrenos confiscados. No se trata de interpretar este trabajo como un «plan», en el sentido actual del término, que hubiera prefigurado la actividad urbanística posterior. Sin embargo, la comprobación de la riqueza de sincronismos entre las prácticas y el discurso urbanístico de la época nos permite entender este tipo de documentos como un síntoma visible de la aparición de un nuevo saber urbano y de la modificación que entonces se produce de las técnicas de intervención en la ciudad.

Al margen del tradicional fetichismo del plan y de las interpretaciones que sólo nos ofrecen una perspectiva de progreso, interesa aclarar la naturaleza de estas primeras tentativas de control global del desarrollo urbano. Y ello porque, como ha señalado Fernando Terán, el actual rescate del protagonismo de la arquitectura en las interven-

ciones urbanísticas es una maniobra cultural basada en el enlace con un momento anterior al que nos ocupa. Situación en la que «hacer ciudad era todavía hacer arquitectura» (38). Si es cierto que la «cultura del plan» ha pesado excesivamente, en la tradición urbanística, también conviene recordar que, desde sus inicios como técnica moderna, el Urbanismo surgió, al menos en parte, como reacción ilustrada a la insuficiencia de las operaciones puntuales para la ordenación de la ciudad. Y que la integración del saber arquitectónico con las tradiciones culturales y técnicas analizadas constituyó, ya desde finales del siglo XVIII, el fundamento de lo que hoy conocemos como Urbanismo moderno.

(38) TERAN, F.: «Teoría e intervención en la ciudad, balance de un período. Estado de la cuestión. Perspectivas», *Ciudad y Territorio*, 59-60, 1984.